

ARTÍFICES DEL MUNDO NUEVO

Claudia Torre nos deja asomarnos a la intimidad de la reciente entrega de diplomas universitarios a un puñado de alumnos de distintas carreras de UNAHUR, en plena pandemia global. A pesar de que la ceremonia esta vez fue virtual, la emoción atravesó las pantallas.

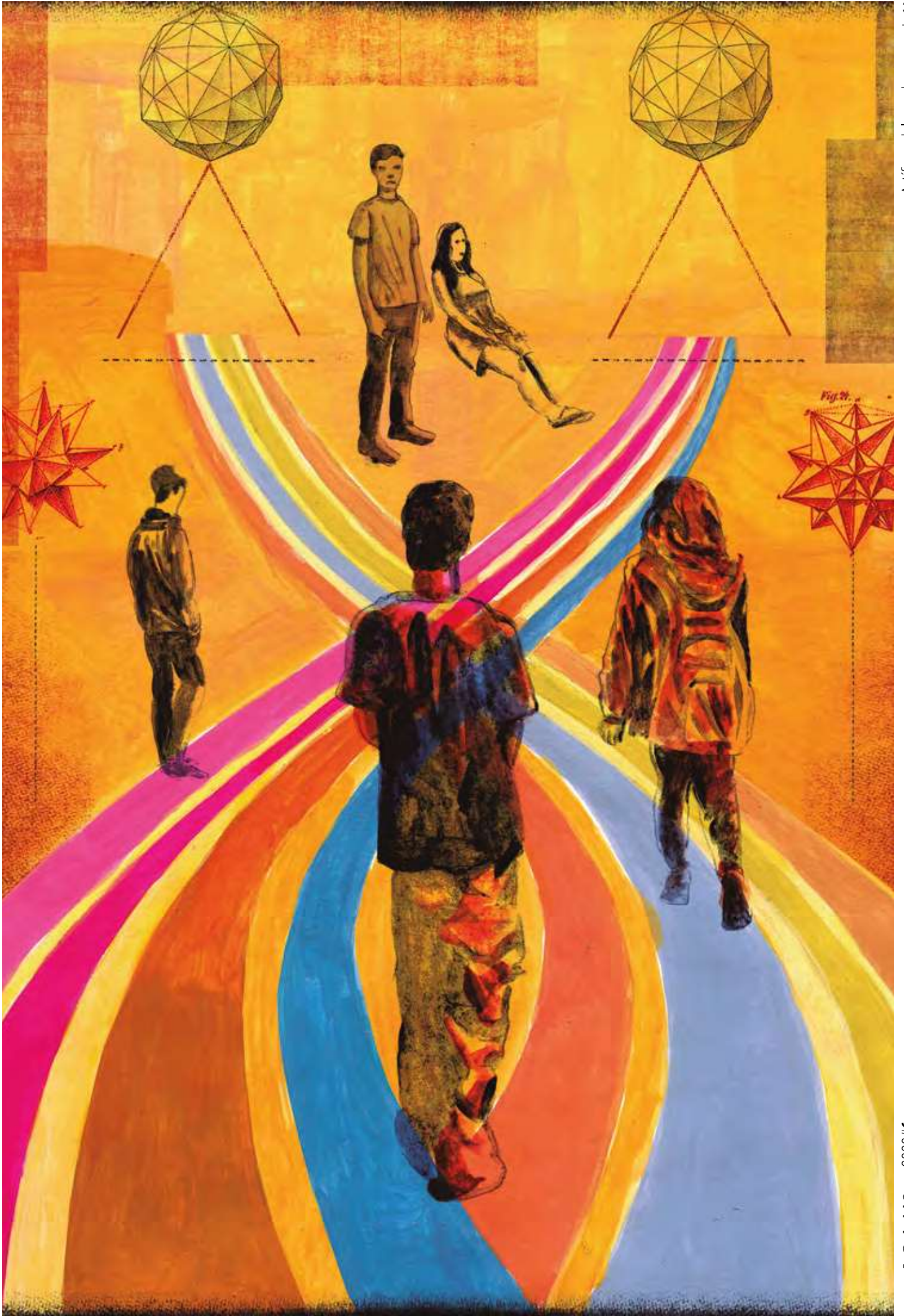
**Discurso de colación de grado.
Universidad Nacional de Hurlingham
30 de Julio de 2020.**

Claudia Torre

Jefa de Redacción de *La Perla del Oeste* y directora del Profesorado Universitario de Letras de la UNAHUR.

Q ueridos compañeros y compañeras:
Durante todos estos años, soñamos con este momento. Construimos fantasías y realidades efectivas: un verdadero mundo de sensaciones, espesuras, errores múltiples y hallazgos indeclinables. Y es que como escribió Luis Alberto Spinetta: *ya me apuran los momentos*.

Es así, cierto: nos apuran los momentos. A cada uno de nosotros y a toda la comunidad UNAHUR. Pero en especial me quiero dirigir a los 19 estudiantes de 6 carreras de 4 institutos de la universidad, que hoy reciben su diploma universitario. Desde las horas fundacionales de esta institución, en el predio de Villa Tesei, almas estudiantiles (y también incluyo a las que ya se han graduado y a las que se graduarán más adelante) apuran los momentos para que sucedan efectivamente los hechos. Me refiero a los momentos vividos por ustedes: la suma de las horas del tiempo de la vida estudiantil (debemos decir: una de las más lindas vidas de las que se hayan podido inventar en esta tierra).



Desde las horas fundacionales de esta institución, en el predio de Villa Tesei, almas estudiantiles apuran los momentos para que sucedan efectivamente los hechos.

Momentos, decimos, pero... ¿qué momentos? Hay que rendir el parcial, conseguir la fotocopia, enamorarse perdidamente de alguien, estudiar hasta quedar exhaustos, dormir poco, controlar la taquicardia, tolerar la espera, saber la nota, quejarse por algo, reclamar, maldecir al dios del conocimiento científico, quebrarse, construirse y desarmarse, sentir vértigo.

Momentos: entregar el trabajo en término, no entregarlo, recurrar, sentir una felicidad extraña e inexplicable, aprobar, organizar la vida con la vida, la muerte con la muerte, el cada día, el reconocimiento, lanzarse a la galaxia de lo desconocido, tener *la jactancia de la duda*.

Momentos: la pereza, almorzar en el pasillo, cenar en la escalera, merendar en la calle, desayunar en el bondi. Momentos: discutir, argumentar, perder, ganar, ser evaluado, rendirse ante el dato, ritualizar el experimento de laboratorio.

Momentos: no entender nada, triturar la bibliografía y honrarla. Momentos: comprender el fervor inexplicable del rendimiento, dibujar, diagramar, exponer, enseñar, soldar, luchar contra el capitalismo, amar la justicia social, construir con el género, poner al cuerpo en estado de herramienta y honrar la herramienta, creer en la rutina. Venerar la naturaleza del hábito, convivir, consensuar, estar incómodos, no ser feliz.

Momentos: guardar un apunte de clase como si fuera el DNI, borrar un archivo del drive como si fuera un insulto, desoír y prestar atención, disciplinarse, abandonar para siempre algo, comer, beber, fumar, maldecir, bañarse, elegir ese par de anteojos, definir ese tatuaje, comprar resaltadores y post-it de todos los colores, buscar libros en la biblioteca y ponerlos en la mochila, tener cábalas, tener horas de clase en sangre.

Momentos: ser irreverentemente educades y educadamente desprolijos, permanecer serios, ser un poco tontos, derrotar al capitalismo por segunda vez y tomar mate-café-té-yoghur descremado, *kefir*, cerveza o agua potable.

Ya los apuran los momentos para que llegue este momento: momento- graduación, recibir un título. Cuánto hemos imaginado este momento.

Y sin embargo, nunca nos imaginamos que este momento iba a ser así: en el pico de una pandemia global, engalanados: no por las flores y los regalos que la universidad y nuestros amigos y familiares nos iban a entregar, no por los abrazos y los besos, los brindis y las fotos colectivas, sino rodeados de un virus poderoso que colapsa los sistemas sanitarios de todos los países del mundo, que explota las políticas públicas, que nos confina al interior mismo de nuestras casas rociadas de lavandina, yendo de la casa a la casa, de la habitación a la habitación: *yendo de la cama al living*, que nos pone barbijos y nos obliga a untarnos de alcohol en gel de pies a cabeza.

Como astronautas de un planeta nuevo, aparecemos en los recuadros del zoom o de las video-llamadas, y circulamos apuradamente por las calles, con el *timing* acompasado de la urgencia, de la emergencia, de la obsolescencia. Solo una cosa parece cierta: el mundo ya cambió para siempre y ustedes están recibiendo su diploma de graduación.

Pero ¿qué significa esto? ¿Acaso es que un bicho diminuto nos deja *caer en las tumbas de la gloria*? Hay que reconocer que a pesar de soñar tanto, nunca nos imaginamos esto.

La literatura sí lo imaginó en repetidas ocasiones: pestes, epidemias, enfermedades inexplicables, ficciones zombis, fantasmas diversos, distopías y fantasías futuristas, invasiones interurbanas, contaminaciones agrotóxicas y naturalezas depredadas. Hasta los genocidios fueron representados en clave gótica y aterrizante, y la política lo fue como un arte apocalíptico. Y fue entonces que la literatura abrazó los cuerpos -digo los cuerpos, no las ideas-. Los cuerpos que aman o juegan al fútbol femenino, que se reproducen o se entregan a una nueva sexualidad, esos mismos cuerpos que hacen fiebre, que respiran, que llevan el covid de aquí para allí, de allí para aquí, de allí para allí, los cuerpos: su olfato, el gusto, la respiración, los cuerpos que circulan por las calles: de Chuquisaca a Vergara, de Origone a Juana Azurduy, de Siria a Pedro Díaz, de Mazzarello a Pilcomayo y de ahí a Origone: nuestro Teniente Manuel. Nunca antes los cuerpos habían sido tan contundentes, en su ausencia y en su presencia en nuestra geografía territorial.

Pero aquí estamos. Aquí están ustedes: por el zoom, en *streaming* de youtube, todos juntos desafiando las leyes de un mundo que ya es antiguo. Con un diploma bajo el brazo para construir una historia que aún no sabemos bien cómo será.

Y sin embargo, a pesar de todos estos avatares, una felicidad extraña y misteriosa invade sus cabezas y sus corazones, se trata de una vida nueva cuya forma les es aún vedada.



**Una felicidad extraña
y misteriosa
invade sus cabezas
y sus corazones,
se trata de una vida
nueva cuya forma
les es aún vedada.**

No obstante, en el magma planetario, el airecito de una universidad del oeste bonaerense habrá dejado su marca en ustedes para siempre: no para saber cómo era lo que vendría ni qué es lo que iba a suceder, sino para saber

que de ese mundo que hoy se está despidiendo emerge la razón del mundo que vendrá: la nueva era, después de la pandemia.

Y allí, nosotros estamos seguros, queridos flamantes graduadas y graduados de la Universidad Nacional de Hurlingham, que ustedes llevarán en sus cuerpos el aprendizaje de estas aulas, sus días de estudio, las horas de lectura, las conversaciones, los trabajos entregados, las risas y las lágrimas, las imágenes de una etapa de sus historias que al organizarse, vencerá al tiempo y los proyectará a un mundo nuevo, que será socialmente justo y diverso, económicamente libre y políticamente soberano.

Vamos por ese mundo y para ese mundo, cuyos artífices... serán ustedes.

Larga vida a los graduados y graduadas de la Universidad Nacional de Hurlingham. ■